



LA
LIBRERA
DE
EL CAIRO



NADIA WASSEF

La librería de El Cairo

Nadia Wassef

Traducción de María Eugenia Santa Coloma

Título original: *Chronicles of a Cairo Bookseller*

© 2021 by Nadia Wassef. All rights reserved.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com);

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: junio de 2022

© de la traducción del inglés, María Eugenia Santa Coloma Costea, 2022

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 9.511-2022
ISBN: 978-84-1100-084-0



Índice

Nota de la autora	13
Prólogo	15
1. La cafetería	21
2. Esenciales de Egipto	49
3. Cocina	73
4. Empresa y Gestión	97
5. Embarazo y Cuidado de los Hijos	135
6. Clásicos	163
7. Arte y Diseño	193
8. Autoayuda	221
Epílogo	249
Agradecimientos	259

La cafetería

Para el profano de a pie, Diwan era solo una de las muchas tiendas detrás del ornamentado exterior de la mansión Baehler. La tradicional placa de calle de color azul marino reza *SHARI' 26 YULYU*, calle 26 de Julio. Habíamos colocado nuestro logotipo, con un fantástico texto negro, en la fachada del edificio. Un jacarandá suplicante se encorvaba por encima de la entrada de la tienda. La puerta principal de cristal, que daba a la esquina de la calle, estaba adornada con modernos motivos araboislámicos y un pomo largo de plata.

El interior era un oasis en medio de la calle calurosa y densamente transitada. Compases de *jazz* árabe, Umm Kalzum y George Gershwin resonaban en el estruendo mecánico de los aparatos de aire acondicionado. Debajo de una imponente pared con carteles de RECOMENDACIONES, MÁS VENDIDOS y NOVEDADES, libros de ficción y no ficción en árabe e inglés surgían a raudales de los estantes flotantes. Los visitantes podían entrar tanto por la puerta de la derecha, pasando por la sección de libros, después de la caja y la papelería, como por la puerta de la izquierda, en la sección de multimedia, una colección seleccionada de películas y música internacional: experimental y clásica, oriental y occidental.

Durante la fase de estudio para crear Diwan, había leído un artículo que decía que la mayoría de las personas se dirigen hacia la derecha al entrar en una librería. Influida por esta observación, colocamos la sección de libros de Diwan a la derecha. Ahí, las ventanas daban a un patio contiguo en lugar de a la calle principal, lo que lo convertía en la zona más tranquila de la tienda. Los techos altos revestidos de rieles de luces incandescentes iluminaban los estantes de madera de caoba con un acabado de acero mate, una comunión entre lo antiguo y lo moderno. Los libros se dividían en dos categorías. A la izquierda estaban los escritos en árabe, que surtía Hind. A la derecha estaban los libros en inglés: mi feudo. Colocamos nuestra modesta selección de obras en francés y alemán en la sección de multimedia. Una puerta cercana llevaba a la cafetería, el corazón de la tienda.

El personal de atención al cliente circulaba por las salas llevando uniformes de Diwan: un polo azul marino con nuestro logotipo bordado en beis en el lado izquierdo y unos pantalones beis con los bolsillos cosidos, para evitar robos. Ofrecían sus conocimientos, intentando lograr un equilibrio entre el afán y la distancia profesional. Su trabajo era más exigente que el de los libreros de otros lugares, sobre todo cuando abrimos por primera vez, cuando la mayoría de los clientes no estaban en absoluto familiarizados con el planteamiento de Diwan. Comprendía su desconcierto.

Antes de Diwan, hubo tres tipos de librerías egipcias: las mal gestionadas por el Gobierno; las asociadas con determinadas editoriales, y las tiendecitas locales, que vendían sobre todo periódicos y material de papelería. Las librerías gubernamentales fueron las que más me impresionaron. Cuando estudiaba en la universidad, solía coger

taxis para ir al centro de El Cairo, donde los armenios dirigían gremios; los italianos, grandes almacenes, y los griegos, tiendas de comestibles. Recorría las calles principales de mi ciudad, todas con nombres de fechas históricas importantes. (La calle 26 de Julio se llamaba anteriormente Fuad I, por el primer rey del Egipto moderno. Fue rebautizada en honor del día en que el hijo de Fuad, Faruk, abandonó el país en su yate real durante la revolución de 1952 encabezada por Nasser [hijo de un cartero] y Muhammad Naguib, que se convertiría en el primer presidente de Egipto.)

En el centro, entraba en tiendas que parecían tumbas llenas de libros con polvo incrustado. Había un montón de estantes, pero muy pocos carteles. Cada tienda parecía contar con un hombre en el mostrador, bebiendo un té y dormitando sobre un periódico abierto. Preguntaba por una obra, y el hombre deslizaba parte del pie descalzo en la sandalia y dejaba el agrietado talón en contacto con el suelo. Sin bajar la radio, se levantaba con dificultad, agitando las partículas depositadas en las tablas que crujían bajo sus pies.

¿Por qué eran tan decrepitas estas librerías? La respuesta es, en parte, histórica. En Egipto, el pasado vive en el presente, a menudo lo vuelve a visitar de incógnito y nunca desaparece por completo. Crear Diwan nos obligó a reconocer las historias de la publicación y la venta de libros, historias que seguía dictando la industria contemporánea. En 1798, la expedición napoleónica dio a Egipto sus dos primeras prensas de imprimir, una en árabe y una en francés. En 1820, Mehmet Alí, gobernador otomano albanés y padre del Egipto moderno, tenía una imprenta industrial

instalada en el barrio de Bulaq (se llama así por *beau lac*, en francés). Bajo su gobierno, publicar se convirtió en un instrumento de propaganda.

En la segunda mitad del siglo XIX, el Gobierno relajó su monopolio sobre la edición, y luego la censura, sobre todo durante la ocupación británica de Egipto en 1882. Las altas esferas de la sociedad tenían los medios y el interés para invertir en la prensa escrita. En 1900, se publicó un aluvión de periódicos —políticos, sociales y feministas— con la intención de concienciar, con fines de lucro o ambos. Los periódicos y las revistas publicaban discursos, manifiestos y novelas que primero se editaban por entregas y luego se convertían en libros. Décadas de una escritura prolífica y poderosa surgieron de las manos de los maestros de la literatura egipcios.

Todo cambió después de la revolución de 1952. Cuando Nasser asumió la presidencia en 1956 (como candidato único en las votaciones), puso en marcha una serie de iniciativas políticas que cambiaron el panorama de Egipto: un acceso a la vivienda que mejoraba de forma exponencial, educación y atención médica; pero también rescindió la ciudadanía, y deportó a gran parte de los extranjeros; instauró burocracias para imitar a las de los británicos; limitó las libertades civiles, e instituyó décadas de control militar. En la década de 1960, había persuadido a la industria del libro para que publicara obras que fomentaran la nueva visión socialista de Egipto y el objetivo general del nacionalismo árabe. Pero su régimen carecía de la infraestructura necesaria para hacer realidad esta visión. En 1966, las editoriales habían acumulado unos déficits impresionantes, y, bajo el lema del Estado «UN LIBRO CADA SEIS HORAS», sus almacenes rebosaban de títulos que no interesaban. Los libros se imprimían en papel de baja calidad. Las cubiertas

eran endebles y a menudo estaban rasgadas. No había agentes literarios, listas con los más vendidos o departamentos de *marketing*. Las firmas de libros y las presentaciones eran algo inaudito. Las editoriales enviaban los libros en paquetes envueltos con cuerdas tan apretadas que dejaban marcas en las cubiertas, o en cajas de cartón reutilizadas que habían contenido antes cartones de tabaco. Este es el panorama con el que nos habíamos encontrado Hind, Nihal y yo. Impávidas, empezamos a trabajar con este caos y contra él.

Incluso antes de que abriéramos la tienda de Zamalek, la sensata de Hind había aislado de forma sistemática y abordado aparentemente cada obstáculo. A nuestro alrededor, un optimismo reformista se estaba extendiendo en el horizonte. Una nueva legislación en materia de inversión había revitalizado el mercado de valores. Muchos egipcios que habían estudiado en el extranjero volvieron con ganas de formar parte del futuro de su país. Estábamos en la antesala de un renacimiento artístico y cultural, pese a que aún carecíamos de los servicios básicos modernos. Como las librerías.

Hind nos ayudó a remontar esta ola resolviendo problemas a tiempo y a menudo. Visitó otras librerías y editoriales, y tomó nota de lo que ofrecían e hizo preguntas. En estas misiones de exploración, Hind se hizo pequeña, sumisa e inofensiva. Otros propietarios de negocios contestaron a sus preguntas con respuestas escépticas y a veces condescendientes; ella ni se inmutaba. Mientras hablaba con un jefe de edición, descubrió que pocas sobrecubiertas imprimidas a nivel local llevaban ISBN. En Egipto, las bibliotecas nacionales generaban los ISBN todos de una vez, lo cual solo garantizaba que se aprobaran las obras que no fueran contrarias al Gobierno reinante. Las editoriales in-

dependientes eludían la censura de una manera creativa prescindiendo por completo del ISBN o «tomando prestados» los de otros libros ya publicados. Los autores egipcios a veces publicaban en otros países. La ausencia de esas líneas y esos números tan juntos quería decir que el proceso de facturar, enviar y hacer un seguimiento de los libros estaba sujeto a graves márgenes de error. No se podían recabar las listas de los libros nacionales más vendidos. De vuelta a Diwan, Hind hizo frente a esta infernal realidad con su paciencia característica. Creó un manual para transcribir autores y títulos en nuestro sistema informático basado en el inglés, que abarcaba cualquier formación posible. Al adoptar este sistema fonético, pudimos generar códigos internos para nuestros libros en árabe.

Luego, se aventuró en lo desconocido: las cifras de ventas. Las librerías en Egipto habían usado tradicionalmente registros manuales o recibos manuscritos. Nadie sabía con exactitud qué estaba vendiendo, por lo que nadie sabía cuántas existencias debía tener. Quien sí lo sabía mantenía en secreto las cifras de ventas. Hind desafió las convenciones recopilando estos datos y publicando después las listas de los más vendidos en Diwan, incitando a la competencia entre las editoriales y los autores y presentando a los lectores libros nuevos. Esto era solo el principio. Nunca supe realmente cuáles eran los planes de Hind hasta que salió airosa. Ambas creíamos que primero se hace y después se habla.

El esquilmo sector de la venta de libros en El Cairo había fomentado dos tipos de lectores principales: los que se resignaban al sistema fracturado y los que, como Hind, Nihal y yo, ansiábamos una alternativa. Los clientes de Diwan tenían una serie de suposiciones y actitudes hacia las librerías. Nuestra labor consistía en detectar, y a veces

despejar, sus inclinaciones. Los lectores curtidos estaban aquí en el séptimo cielo: compraban libros nuevos y vendían otros de segunda mano, recomendaban nuevos títulos y participaban en la conversación general. Nos buscaban personalmente a nosotras, las propietarias, para hablar de los errores en el servicio de atención al cliente y compartir las quejas. Tenían ganas de que Diwan tuviera éxito y mantuviera su nivel. Hasta el día de hoy, recibo correos electrónicos y mensajes a través de las redes sociales de clientes que están molestos por retrasos en los envíos u otros problemas. Algunos siguen queriendo que una de las socias fundadoras supervise personalmente una venta.

Las intenciones de otros eran menos benévolas.

Una conversación típica era algo así:

—Quiero hablar con el propietario —decía un cliente, dirigiéndose a Nihal, a Hind o a mí.

—Soy una de ellas —respondía Nihal o Hind. Yo siempre me quedaba en un segundo plano, ocupándome de alguna tarea súbitamente urgente.

—Quiero devolver este libro.

—Lo lamento. ¿Hay algún problema con él?

—Lo compré. Lo leí. No me gusta. Quiero que me devuelvan el dinero.

A partir de aquí, el diálogo difería en función del oyente. Nihal siempre asentía, lo que ayudaba a que el cliente sintiera que lo escuchaban. Amablemente, le explicaba que Diwan no era una biblioteca. Con frecuencia, el cliente respondía y decía que deberíamos serlo. ¿Acaso no era la cultura un recurso común? Llegados a este punto, incapaz de controlarme, intervenía diciendo cómo esta anticuada creencia era la que nos había llevado hasta donde estábamos en Egipto, hasta que, después de muchos intercam-

bios parecidos, al final aprendí a morderme la lengua. Nihal indicaba con delicadeza a los clientes que fueran a las numerosas bibliotecas públicas, donde podrían satisfacer sus necesidades, al tiempo que lamentaba que Diwan no siguiera el mismo modelo. En sus encuentros, Hind, que tenía predilección por lo absurdo, se enfrascaba en largas conversaciones para poner a prueba los límites de la lógica de estos clientes. De manera educada y con una falsa candidez, refutaba sus argumentos con la agilidad de un polemista. Si la conversación se volvía tediosa, miraba el reloj y se excusaba cortésmente. Hind es la persona menos puntual que conozco. Al igual que mi madre, guarda un despiadado silencio y tiene la capacidad de quitarse de encima a una persona de forma educada si no puede dedicarle más tiempo.

Otros clientes eran más amables, incluso cuando tenían dificultades para moverse por este terreno desconocido. Admiraban la pulcritud, la meticulosa atención al detalle, la decoración, el personal, y entonces llegaban al mismo dilema: ¿por qué esto era una tienda y no una biblioteca? Hind, Nihal y yo, siempre presentes en la tienda, indicábamos que una biblioteca no podría sufragar los gastos de alquiler, los salarios, los uniformes, los impuestos y los innumerables gastos a los que tenía que hacer frente un negocio pequeño. Cuando nos preguntaban irremediabilmente si Diwan formaba parte del programa de alfabetización de la señora Mubarak, contestábamos que no tenía nada que ver con la primera dama ni con el Gobierno; esto era una iniciativa privada. Respondían sorprendidos: ¿por qué alguien en su sano juicio invertiría dinero en un negocio de venta de libros destinado al fracaso?

Incluso antes de abrir Diwan, nuestra empresa fue recibida con incredulidad. Durante nuestra fase de estudio, Ali, el marido de Nihal y uno de los cofundadores, nos sugirió que entrevistáramos a escritores sobre cómo creaban sus libros. Exalumno de la Deutsche Evangelische Oberschule, uno de los colegios alemanes de El Cairo, Ali era un ávido lector y con don de gentes que tenía una risa contagiosa. Me maravillaba su capacidad para hacer amigos, y mantenerlos, a lo largo de las generaciones, los continentes y las ideologías. Una tarde, lo acompañamos a una reunión con uno de los periodistas más eminentes de Egipto. Mientras el periodista escuchaba el discurso de Hind y el mío, nos miró de arriba abajo. Al final, el periodista emitió su veredicto: éramos amas de casa burguesas desperdiciando nuestro tiempo y dinero. Desde la desaparición de la clase media, la gente ya no leía en Egipto.

—Pero ¿es necesario que las cosas sean económicamente viables para que existan? —le pregunté al periodista—. Los Gobiernos mantienen los espacios públicos como los parques, los museos, las bibliotecas, para mejorar la salud cultural de las naciones. Así que ¿por qué condena a las personas al fracaso cuando se embarcan en misiones parecidas?

—Vosotras sois jóvenes sin experiencia en la vida. Os hablo como lo haría con mis hijos. Estoy tratando de ahorraros el disgusto. Desconocéis los problemas que entraña meterse en un negocio, no digamos ya si ese negocio se basa en la lectura. Vuestros proveedores y vuestros clientes os comerán vivas.

Al margen de mi decepción, pensé: «¿Qué pasa con Egipto? ¿Qué les pasa a los países que ignoran sus proyectos culturales en pro de embalses y autopistas?». La respuesta era evidente. Nuestros museos se han convertido en

cementerios, espacios muertos dedicados a los triunfos de unos pocos hombres fuertes. Nuestros libros de texto se hacían eco de estas mentiras y estos olvidos. Los parques se habían reducido a medida que aumentaban los costes de su mantenimiento. El periodista creía que la cultura se había vuelto una preocupación de las élites y que los libros eran irrelevantes para las personas que estaban luchando por mantenerse por encima del umbral de la pobreza. No iba desencaminado. Pero nosotras teníamos que creer en nuestra tienda y en nuestros libros. Si nosotros los egipcios nos alejábamos de lo que éramos, nunca sabríamos quiénes podríamos ser.

Diwan surgió en este panorama cultural, situada directamente en el punto de mira del presente y el pasado. Nihal ideó la cafetería en este sentido y adaptó los salones de té de ambiente íntimo de Quiberon, en el oeste de Francia, donde veraneaba, al bullicio de El Cairo. Abordó la estética con su ecuanimidad característica, combinando mesas con superficie de mármol con sillas de madera y cromadas. Con las sillas habíamos llegado a un acuerdo; al principio, ella quería unos asientos más cómodos, pero Hind pensó que eso limitaría la rotación de clientes. Variedades de capuchinos, cafés turcos e infusiones de manzanilla, hibisco, canela y menta figuraban en un lado del menú; en el otro, patés de queso, pizzas, porciones de pastel de zanahoria, *brownies* y galletas con pepitas de chocolate. Había ya preparados cuchillos y tenedores, envueltos en servilletas con el logotipo de Diwan. Hassan, el camarero principal, era un refugiado sudanés que tartamudeaba y que solía perder los nervios cuando los clientes no entendían su pronunciación. Nihal apreciaba su sonrisa, así como sus rigurosas normas de hi-

giene. Gracias a sus halagos tanto a él como a la clientela, los clientes se acostumbraron a Hassan, y Hassan se acostumbró a sus palabras.

Nihal era una conciliadora nata, y lo hacía con gracia. Era la menor de tres hermanas y aun así era la más maternal. Esperaba ser testigo de una situación en la que Nihal no lograra salirse con la suya..., y sigo esperando. Es la única persona que conozco que ayuna todo el mes de ramadán sin quejarse ni una sola vez. Hemos conseguido discutir durante dos décadas, y perdonarnos mutuamente durante otras dos.

El temperamento de Nihal la preparaba de manera singular para los variopintos caracteres y conductas que se mezclaban en nuestra cafetería aparentemente decente. Al igual que muchos locales, tenía vida propia, al margen de cómo la llamáramos. Recuerdo cuando solicité una licencia para Diwan. Le dije al funcionario municipal que venderíamos libros, películas, música, material de papelería y que tendríamos una cafetería. Me miró de forma inexpressiva.

—No puede —dijo en tono aburrido, sin levantar la cabeza del formulario que tenía delante.

—¿Por qué no? —pregunté desafiándolo con inocencia, esperando que colaborara.

—Solo se puede otorgar una licencia para una única actividad en un local. No se puede ser un banco y un colegio. Hay que elegir uno.

—¿No puedo ser profesora de día y bailarina de danza del vientre de noche? —pregunté.

Sonrió con desgana.

—Alguien con dos mentalidades es un mentiroso —afirmó, citando un dicho popular para poner fin a la discusión.

—Pues somos una librería —declaré.

Suspiró, cumplimentó la última línea del formulario, lo selló con una tinta azul desvaída y me lo devolvió, todo esto sin levantar la vista del siguiente formulario sobre su mesa. Me callé mi última réplica: somos una librería donde la gente no solo gasta dinero, sino tiempo.

Una ironía cruel de Egipto en la segunda mitad del siglo xx: justo cuando la gente empezaba a tener más tiempo libre, los lugares físicos pensados para el esparcimiento comenzaron a reducirse. El desarrollo urbano invadió los parques de la ciudad. Los paseos y las cafeterías a lo largo de las orillas del Nilo se convirtieron en clubes privados para los oficiales del ejército y los gremios del Gobierno. La esfera pública, un concepto espacial y teórico acuñado por el filósofo alemán Jürgen Habermas, se hallaba en fase de transición. La esfera pública de Habermas describe los ámbitos sociales en los que la gente se reúne para compartir ideas, donde las personas como individuos entran en un colectivo. El término ‘tercer lugar’ (después del hogar, el primer lugar, y el trabajo, el segundo) se inspiró en la teoría del sociólogo Ray Oldenburg. Los terceros lugares son espacios para el desarrollo comunitario, que, por definición, incluyen cafeterías, como la nuestra. En Egipto, los hombres tenían sus mezquitas, barberías y el *abwa* —cafeterías donde fumaban *shisha*, jugaban al *backgammon* y al dominó, escuchaban la radio y veían la televisión mientras veían la vida pasar—; los hombres jóvenes tenían sus clubes deportivos, y las mujeres tenían sus casas, que rara vez poseían.

Los hombres se definen por lo que hacen, y las mujeres, por sus relaciones íntimas. Pensemos en Ada Lovelace. Pese a ser una reconocida matemática y la inventora del

algoritmo, es más famosa por ser hija de Byron. Pocos años después de crear la tienda, los clientes, los amigos y los conocidos empezaron a llamarme «señora Diwan». Había empezado a pasar todo mi tiempo en Diwan. Soñaba con Diwan. Estaba en mi mesa a las ocho casi todas las mañanas y me iba bien entrada la noche. Quería coincidir con los turnos de mañana y tarde, así como asegurarme de que el personal de la oficina central sabía que estaría allí cuando llegaran y después de que se marcharan. Y cuando no estaba ahí, pensaba en Diwan. Cierto era que cada vez costaba más distinguir mi identidad de la de la tienda, hasta el punto de que amenazó mi relación con Número Uno; pero hablaré de esto más adelante. Aun así, me enfurecía la idea de que, incluso en mi mote, Diwan se posicionara como «el hombre» y me pusiera al servicio precisamente de lo que había creado.

Las librerías son tanto espacios privados como públicos en los que huimos del mundo y a la vez participamos de él más plenamente. Nuestra cafetería en concreto expresaba estas contradicciones: un lugar donde se reunían los amigos, donde la gente merodeaba durante horas (a pesar de las sillas), donde solía llevar a mis hijas los fines de semana. Un lugar que se parecía a un hogar pero no lo era. Antes de convertirse en Diwan, la tienda entera había sido un gimnasio rebosante de testosterona llamado Sports Palace. Disfruté de la ironía de que nuestra librería, regentada y dirigida por mujeres, sustituyera al templo de la masculinidad.

Hind y yo nos habíamos criado en un mundo que nos excluía de forma constante; ni nos pertenecía ni nos concedía esa pertenencia. De niñas, muchas mañanas salíamos de casa a las siete y media y recorríamos el silencioso

pasillo de mármol hasta los ascensores. Pulsaba el botón una y otra vez, impaciente y recelosa de que el ascensor hubiera tomado nota de mi petición. Odiaba ese cuboide de acero con luces de neón que había sustituido al compartimento original de madera Schindler, con una banqueta plegable en miniatura y un plafón redondeado de bronce y cristal, pero bajar cuatro pisos de mármol que el limpiador matutino había fregado con agua y jabón no parecía buena idea. Un tono como el de un hospital anunció la llegada del ascensor. Muchas mañanas, el panel izquierdo se deslizaba sobre el derecho para mostrar a uno de nuestros vecinos del piso de arriba: un señor mayor con un cigarrillo encendido entre los labios. Entrábamos en el compartimento plateado mate, observando los anillos de humo y conteniendo la respiración en señal de protesta. Si hubiera sido un hombre, ¿habría apagado el cigarrillo en el suelo en cuanto yo entrara? El ascensor se meció al llegar a la planta baja. En cuanto se abrieron las puertas, salimos a empujones en busca de una bocanada de aire fresco.

Recuerdo una charla educativa que tuve con mi padre cuando era adolescente. Tras una infracción olvidada hace tiempo, me quejé de este mundo, el mundo que, como estaba empezando a comprender, mantenía a las mujeres en su sitio. Me hizo ver el siguiente mundo: en la promesa musulmana del paraíso, *houris*, los hombres devotos reciben vírgenes hermosas como recompensa.

—Es un mundo masculino. Cámbialo en tu tiempo libre, pero, hasta entonces, aprende a lidiar con él —sugirió mi padre con brusco pragmatismo.

—¿Cómo puede ser tan excluyente el paraíso? ¿Por qué debería siquiera intentar ser buena si al final acabaré formando parte de un grupo de vírgenes? —grité.

—Tú no eres el público elegido —dijo mi padre, riéndose del mundo que vislumbraba a través de mis ojos.

—El libro más vendido de Dios tiene a la mitad del mundo como público cautivo; ese es el problema.

—Como siempre, estás haciendo un diagnóstico erróneo del problema. —Se puso sus gafas rectangulares en la punta de la nariz, cogió el periódico y reanudó la lectura con una ocurrencia tardía—: Tal vez algún día puedas promover otros superventas.

Decidimos hacer de nuestra librería un espacio que nos complaciese a nosotras, y no al revés. Enseguida, otras mujeres empezaron a encontrar un respiro en Diwan, un hogar lejos de las cargas domésticas, un lugar público con menos presiones de ser mujer en público, donde se nos recuerda constantemente que no existimos. Los lavabos públicos en Egipto solían estar junto a las mezquitas o las iglesias. El Estado ofrecía muy pocas alternativas a estas. Los hombres tenían libertad para orinar bajo los pasos elevados o en el lateral de los edificios. Los lavabos de las mujeres en espacios públicos eran unos agujeros hediondos en el suelo, inundados debido a los grifos abiertos. Nunca había ni jabón ni papel higiénico, y nadie esperaba que los hubiera. Esta era la realidad que trajo a Diwan a toda una representación de mujeres que no eran necesariamente lectoras, sino que encontraban alivio al final de sus pasillos sinuosos: se convirtió en su lavabo de la calle 26 de Julio. Pocas tiendas tenían servicios, y si los tenían, no eran muy dados a compartirlos. Diwan era más benévola. Y la cafetería, con sus paredes plagadas de libros, pasó a ser una barrera improvisada entre las mujeres y sus acosadores, hombres que sabían que nosotras, las mujeres de Diwan, no toleraríamos su veneno.

La cafetería de Diwan servía a varios propósitos y clientes. Los lectores apasionados echaban un vistazo al montón de libros que habían cogido antes de elegir. Los visitantes venían a pasar el rato parte del día, mientras otros lo convirtieron en su lugar de encuentro, donde se ponían al día con viejos amigos o conocidos a quienes no querían recibir en casa. Las economías sumergidas se desplegaban encima de las mesas de mármol: a la gente se le leía su carta astral o su suerte, mientras cerca profesores particulares convenían a alumnos poco dispuestos.

—Ha vuelto a su mesa habitual. En cuatro horas, ha tomado un café turco y una botella de agua —dijo Nihal un día ligeramente irritada.

—¿Ha comprado algún libro? —le pregunté a Hind.

—No. Tan solo está aquí para dar clase. Personas como ella no dejan espacio a nuestros habituales.

—El personal del servicio de atención al cliente ha sugerido que impongamos un cargo mínimo —dije, tanteando el terreno.

—¡De ninguna de las maneras! No puedes cobrar a la gente por sentarse en un espacio que has creado para atenderlos —sostuvo Nihal, ojiplática.

—Ya que no puedes pedir una comisión por las clases, entonces ¿qué más propones?

—Tú lo creaste. Ellos vinieron. Sube el precio de las bebidas, pon sillas más incómodas o música más escandalosa. Busca un modo de imponer tu modelo de negocio en el suyo —respondió cortante Hind, dirigiéndose hacia el expositor de los libros en árabe.

Evité la mirada lastimera de Nihal. Como maniática del control, me compadecí: ¿cómo podríamos adaptar

un espacio a su finalidad prevista sin echar a todos sus ocupantes?

Una clienta joven se sentaba en la cafetería casi todas las tardes. Rara vez leía nuestros libros, sino que pasaba el tiempo garabateando un diario encuadernado en cuero. Me preguntaba qué hacía durante el día. En mi cabeza, la llamé Pavlova, pues tenía el encanto cándido de una bailarina. Solía llevar el pelo recogido en un moño, pero a veces se lo dejaba suelto. Y en sus ojos había una expresión distante, la de un alma separada del cuerpo que habitaba. Nos comunicábamos por medio de gestos educados con la cabeza.

—¿Sabes la señora que se sienta en la cafetería, tu bailarina? —dijo Shahira con los labios apretados.

Shahira era una de nuestras primeras gerentes, y la más antigua, una joven luchadora cuya fuerza iba más allá de su engañosa complexión pequeña. Antes de ella, Zamalek tuvo una serie de gerentes que se marchaban a las pocas semanas de haber sido contratados, desbordados por mantener el equilibrio entre las necesidades de personal, los clientes y los ociosos de El Cairo, todo a la vez. Shahira no.

—Sí, por supuesto. ¿Quién la ha molestado? —pregunté, quitándome las gafas y preparándome para arreglar las cosas.

—Nadie. Un empleado de limpieza se quejó de que no lleva ropa interior, por lo que se ve obligado a ver cosas que no quiere ver. Parece ser que ella trabaja en la calle 26 de Julio, y Diwan es su nuevo territorio de caza.

—Seguramente no —dije algo titubeante mientras repasaba el desfile de excéntricos que usaban la cafetería como su salón.

—La vigilaré y te digo algo. Si es verdad, tenemos que acabar con esto —declaró Shahira.

No quería que fuese cierto. Y si lo era, no quería tener que lidiar con ello. Pavlova siguió frecuentando Diwan, pero nuestros gestos educados se volvieron más parcós. Sus visitas provocaron rumores más fuertes entre el personal. Esa semana, Shahira tomó un té y chismorreó con comerciantes vecinos, recogiendo información sobre las interacciones de Pavlova. Todos confirmaron sus sospechas. Tras conocer la noticia, me tomé mi tiempo y esperé a una tarde tranquila, con poco trabajo y poco público. Al final, me acerqué a la mesa de Pavlova. Me miró. Abrí la boca para hablar, sin saber cómo admitir lo que sabía.

—Me han dicho que no le gusta nuestro café. ¿Puedo sugerirle una de las cafeterías cercanas? —Sonreí educadamente.

—Debe de estar mal informada. Me gusta el de aquí. —No me devolvió la sonrisa. Dudé, y entonces mis palabras ganaron impulso.

—Sin ánimo de ofender. Todos trabajamos para vivir y el trabajo hay que respetarlo. Pero ¿podría amablemente resolver sus asuntos en otra parte? Ya no es bienvenida aquí. Por favor, no vuelva.

Me retiré; no quería ser testigo de cómo habían caído mis comentarios. A la mañana siguiente, Shahira me preguntó qué tal había ido. Comenté que nuestro personal cotilleaba demasiado. Shahira ni se inmutó, así que le conté mi diálogo con Pavlova.

—¿Por qué te sientes culpable? Es ella quien se aprovecha de nosotros.

Cuando Pavlova era pequeña, estoy segura de que no miraba al cielo y sentía deseos de trabajar, cuando fuera mayor, en la calle 26 de Julio. Permitíamos que otras personas ofrecieran otros servicios, como dar clases particulares, en nuestra cafetería, pero dado que el trabajo de Pavlova

era sexual, actuamos con condescendencia. ¿Hacíamos bien siendo tan moralizadores? Pensé en el tercer lugar que habíamos creado, un lugar público donde se desarrollaban poco a poco interacciones privadas y de manera intensa. En los libros, los gestos, las tazas de café y en las hojas de té, todos nos buscábamos a nosotros mismos, mutuamente, y un medio de subsistencia. Pocos días después, cuando volvía a casa a pie, divisé a Pavlova en la ventana del piso superior de una cafetería cercana. Sus piernas se balanceaban en una falda con volantes holgada.

La cafetería de Diwan hacía también de oficina antes de que pudiéramos permitirnos una de verdad. Cuando Hind, Nihal y yo no estábamos turnándonos en la asfixiante sala de atrás (en su día, la sauna del Sports Palace), poniendo el precio y las etiquetas de seguridad a los libros, estábamos en la tienda supervisando al personal, asegurándonos de que los expositores invitaban a la lectura e intentando evitar que pequeños incordios se convirtieran en problemas más grandes. Creo que la mayoría de nuestros clientes agradecían nuestra visibilidad, que no estábamos escondidas detrás de puertas cerradas. Pero algunos, acostumbrados a que los ignoraran en las librerías, malinterpretaban la conducta de nuestros entusiastas empleados. Los clientes demasiado apasionados insistían en devolver los libros a los estantes, por lo que solían colocarlos en el lugar equivocado. Cuando nuestros vendedores les pedían a los clientes que nos dejaran ponerlos de nuevo en los estantes, sentían que no nos fiábamos de que lo hicieran bien, o que sospechábamos sin necesidad. Sentarme en la cafetería me daba la oportunidad de observar estas interacciones (que es, hasta que lo descubrí, un placer para las *webcams* y los sensores de movimien-

to) y, en ocasiones, abordar malentendidos antes de que fueran a más. Y luego estaba el problema que entraba por la puerta principal: recaudadores que afirmaban erróneamente haber venido muchas veces para multarnos, o un cliente que pidió un favor a un contacto en la policía y presentó una denuncia falsa de algunas infracciones porque no le habían dejado devolver un libro. Nos sentábamos a ratos a nuestra mesa para tomar café, reunirnos y responder a los correos electrónicos. Cuando mi madre sentía que no sabía lo suficiente de sus hijas, se dejaba caer por la cafetería, sabiendo que encontraría a cualquiera de las dos que había criado o a su hija preferida, Nihal.

Con tiempo, el intenso trabajo —tanto que, si echo la vista atrás, no entiendo de dónde sacamos la energía para soportarlo— y el aumento de las ventas de libros, nuestra situación empezó a cambiar en nuestra tienda, y fuera de ella. Pasaron muchas cosas en muy poco tiempo. El segundo año de Diwan entré en la treintena. Por primera vez en mi vida, siete años después de casarnos, le sugerí a Número Uno tener un hijo. Aceptó. Zein nació en 2004 y Layla, en 2006, poco antes del cuarto aniversario de Diwan. Hind tuvo a su hijo, Ramzi, que llevaba el nombre de nuestro padre, en 2005. No sé cómo nos las apañamos con todo. Lo intentaba sin cesar; sentía que tiraban de mí en direcciones opuestas.

Hubo pequeñas alegrías y lugares en los que encontramos alivio. Con el paso del tiempo, pudimos permitirnos un espacio aparte para la oficina y contratamos a personal abogado para el sinnúmero de tareas que, al principio, habíamos dividido según las necesidades. En el primer piso del edificio Baehler quedó libre un apartamento. Como por milagro (dado que obtener la licencia era una pesadilla), ya estaba autorizado para funcionar como espacio de oficina. Se acce-

día desde el patio, detrás de la calle principal. A un lado había un banco de madera, donde los porteros del edificio fijaban su atención en los visitantes que entraban y salían, observándolos y haciendo comentarios. Estos metomentodo desempeñaban diversas funciones: guardias de seguridad condescendientes, hombres multitarea, asistentes de compras y, a veces, agentes inmobiliarios. Nos enteramos del local de oficina por el portero principal, ‘*am* Ibrahim, a quien saludaba todas las mañanas. Hablaba en un dialecto nubio entrecortado. Nunca entendía buena parte de lo que decía, pero charlábamos con sonrisas y risas. A finales de mes, entraba en Diwan, con su *galabiya* de un blanco immaculado y un bonete blanco, a cobrar el alquiler para el propietario del edificio. Cuando nos trasladamos a la nueva oficina, se desviaba para hacernos una visita. Tras su fallecimiento, su hijo asumió sus funciones. En nuestro mundo, las profesiones se legaban, y la gente te conocía incluso si no sabía tu nombre. Las relaciones regían nuestros actos mucho más de lo que lo hacían los sistemas establecidos o las leyes escritas.

Contratamos a un hombre llamado Mohy como *mukbasati* (un acabador o encargado), un puesto que no tiene un equivalente en otros países. Empezó como limpiador de la oficina: servía refrescos a los visitantes, hacía recados, pagaba las facturas y presentaba documentos en los organismos públicos. Su ligereza era un contrapunto útil a la extenuante burocracia. Todos, desde los demás empleados de otras tiendas hasta los funcionarios públicos, le cogieron cariño de inmediato. Cultivaba estas relaciones, intercambiaba números de teléfono y corteses muestras de aprecio, de modo que algún día pudiera llamar para pedir un favor. Como persona que tiene las de perder, entendía el poder de la reciprocidad. Evitaba a los gerentes y a los jefes de departamento, sabien-

do que quienes hacían el verdadero trabajo estaban en la parte baja del escalafón.

Como todo lo de Diwan, nuestra oficina nueva no era convencional: una gran sala de techos altos, con tres mesas para las tres socias administradoras, Hind, Nihal y yo. En un lateral de la estancia, había una estantería que albergaba los textos firmados por los autores favoritos de Diwan, los próximos lanzamientos, juguetes para cuando venían de visita nuestros hijos y montones de catálogos de libros. Recortes de periódico enmarcados y fotografías de los logros empresariales —artículos en los periódicos egipcios con nuestras listas de superventas; breves reseñas en publicaciones extranjeras como *Monocle*; imágenes de la inauguración de Zamalek— colgaban de las paredes. Detrás de mi mesa, había un tablero de corcho decorado con tópicos del tipo «¡Apuntando a lo más alto!» y «Ser uno mismo», una foto de mis hijas y yo, y los restos desgastados de listas de las cosas pendientes. Un recibo de caja de la mayor venta realizada por un empleado del servicio de atención al cliente —un metro y medio de títulos de libros por valor de 14.000 libras egipcias— que colgaba hasta el suelo.

En medio de la sala, había una mesa de reuniones redonda que, a la hora de comer, se convertía en un bufé: cada una de nosotras desenvolvíamos un plato que habíamos traído de casa, cubiertos y vajilla, y compartíamos nuestros almuerzos con los empleados o los visitantes. En nuestros comienzos, Nihal preparaba en casa un pastel de chocolate y galletas con pepitas de chocolate y los traía para venderlos en la cafetería de Diwan. A medida que aumentaba la demanda, el volumen de trabajo de Nihal se volvió imposible de manejar y trató de recurrir a la contratación externa de la repostería. Algunas de las mujeres que frecuentaban la cafetería mostraron interés en el trabajo. Sus capacidades como

reposterías se pusieron a prueba y se valoró el precio de los productos. Miriam, una de estas mujeres, acabó siendo nuestra principal proveedora de productos de repostería durante más de una década, y acabó siendo conocida como la «señora de los pasteles». Como supe más tarde, era madre de cuatro hijos y usaba sus nuevos ingresos para financiar sus estudios. A medida que Diwan crecía, también lo hacía la empresa de Miriam. Empezó preparando la repostería en casa hasta crear una empresa que también atendía a otros negocios.

En nuestra oficina, compartíamos nuestros problemas, hablábamos por teléfono y nos dejábamos espacio entre nosotras. Nuestro contable nos veía como tres mujeres con una relación complicada con los números y nos animó a contratar a un contable llamado Maged, cuyo despacho estaba situado en el otro extremo de nuestra oficina central. Si bien los empleados de la tienda eran mayoritariamente hombres, contratamos sobre todo mujeres para la nueva oficina. Compartían con nosotras el *marketing*, los recursos humanos, los actos, los datos y las responsabilidades del almacén. Maged se unió a Amir, el asistente de compras de libros árabes de Hind, como uno de los pocos hombres en la oficina. Después de llevar las cuentas durante nueve meses, Maged sugirió adoptar el cargo, más prestigioso, de director financiero. Como hombre que intenta ascender en el mundo, creía que las denominaciones eran tan importantes como los números. No nos importaba cómo se auto-denominase, siempre y cuando redujera las crecientes dificultades de Diwan. Insistió en que le diéramos un despacho grande, que se negó a compartir, alegando el «carácter delicado» de su trabajo. Durante más de dos décadas, numerosas crisis económicas, devaluaciones y revoluciones, el tamaño de nuestra oficina central se redujo para dejar espa-

cio a la presión financiera, es decir, todo menos el despacho de Maged.

Minou odiaba las reuniones de oficina tanto como adoraba el café descafeinado de Diwan. Cada vez que teníamos que reunirnos, lo hacíamos en la cafetería. También quería ver su trabajo en vivo, ver cómo interactuaba la gente con lo que ella había creado. El logotipo de Diwan había sido su triunfo, seguido de la bolsa de Diwan, gratis con cada compra, un éxito comercial fortuito. Justo antes de la apertura prevista, sin apenas dinero para empezar, Minou me mostró sus diseños de bolsas bellamente confeccionadas. Llevaban nuestro llamativo logotipo con un fondo multicapa de diseños tipográficos araboislámicos modernos en tonos tierra. Material de papel recubierto. Pegamento importado de Alemania. Asas robustas negras. Sin reparar en gastos. Ella logró captar mi atención. Pedí una tirada inicial de diez mil. Hind y Nihal miraban boquiabiertas. ¡No teníamos diez mil libros en la tienda! ¿Cuánto tardaríamos en usar las bolsas? ¿Dónde las guardaríamos? ¿Y cómo las pagaríamos? Mi culpa era tan evidente que se abstuvieron de decirme nada más. Fue el mayor error de mi vida. Marcamos tendencia con una publicidad extraordinaria, algo sin precedentes en nuestro mercado; jamás pagamos por anunciarnos en una revista o en una valla publicitaria, confiando en que las bolsas hablaran por nosotras. Cuando se agotaban nuestras existencias, Minou y yo nos reuníamos para hablar de volver a imprimirlas o hacer un estilo distinto.

—¿Sabes? —En realidad, nos decíamos cosas peores—. Yo soy la artista y tú la librera —dijo Minou antes de que yo pudiera terminar una frase.